

# Álvaro Delgado

ÁLVARO DELGADO  
Círculo de Bellas Artes. Madrid  
Alcalá, 42  
Hasta el 6 de febrero

AL público le sorprende la pintura de Álvaro Delgado (Madrid, 1922), le sorprende mientras le lleva hasta el límite de la admiración, y allí en ese límite la sorpresa le extravía, no sabe explicarse qué ocurre con su gusto, no sabe decidir si aceptarla o apartarse después de dar a su autor muchos parabienes buscando el lugar seguro de la cortesía. Entretanto, la pintura de Álvaro Delgado sigue mostrando su vida propia, guardando su secreto apoyada en su persona, disfrutando de un crédito que nadie le niega gracias a su capacidad creativa, a la seducción de sus gestos. De momento, las dos series que ahora presenta como sus últimos trabajos, *Eros y Thanatos*, el alfa y omega de la aventura del vivir, empezaron a tomar forma en 1996.

Lo primero a tener en cuenta es la cadencia icónica de *Eros* centrada en la presencia femenina que funciona como un señuelo del que pueden aprovecharse el varón o el animal, su contrafigura, cuando lo femenino se desplaza lentamente o de manera abrupta hacia una actitud de entrega, pasando de lo oferente del señuelo a la entrega, entrega que las imágenes sugieren y no escriben literalmente porque la memoria de Álvaro Delgado, como toda memoria amorosa, recuerda en ráfagas de intensidad variable las sombras, la luz y el color de lo experimentado, pues el erotismo siempre es una situación móvil. Así pues, Álvaro Delgado en su serie *Eros* articula una secuencia de instantes dinámicos que progresa, no se detiene en la posibilidad del goce.

La serie *Thanatos*, como era lógico, no se interna en lo desconocido que promete su título pero sí en los encuentros, en los combates de supervivencia entre el Caballero, la Muerte y el Diablo (la Doncella se deja entrever como un fruto nocturno) y lo hace aceptando una situación venidera, sin ningún dramatismo sobreañadido, pues la muerte siempre es la ganadora, a la que se deben marcar fronteras mientras tengamos aliento.

Álvaro Delgado como artista ha llegado paso a paso a convertirse en un egoísta de la pintura, es decir, a ser el gozador absoluto del acto de pintar su pintura. Por eso su pintura, solitaria, segura de sí misma, orgullosa, a veces se rehúsa al espectador ensimismada en su sintaxis de puro gesto sustantivo, circulando por su velocidad, estallando en colores y trazos de cuya existencia solamente él es el dueño.

Adolfo Castaño

# Francisco Cortijo, cara a cara

«FRANCISCO Cortijo Mérida. Nace en Sevilla en 1936». Era, pese a lo intenso y brillante de su reconocida trayectoria artística, lo único que ya hacía constar en los catálogos de sus exposiciones el pintor que en mayo de 1996 encontraría la muerte en Madrid, donde, durante sus diez últimos años, ejercería como profesor de Dibujo en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Complutense. Desde entonces, hace ya casi cuatro años, parecía, ciertamente, haberse levantado sobre su obra «un espeso y ominoso muro de silencio de más que difícil justificación», como escribiera José Raya Tellez, doctor en Historia del Arte.

Mientras tanto, la familia de Francisco Cortijo se afanaba en la catalogación de su legado artístico y, entre otros proyectos tan significativos como la fundación y el museo que en Alcalá de Guadaíra ostentará los nombres del matrimonio, en la gestación de esta muestra, por distintos motivos tan emotiva. Lo es, por el reencuentro con la obra de un artista cuyas exposiciones siempre despertaron el mayor interés. Con mayor justificación, ahora, por la singularidad de su contenido: autorretratos, casi todos inéditos; pero, más aún, por la terrible circunstancia de que el día anterior a la apertura de la muestra era ente-

«AUTORRETRATOS DE FRANCISCO CORTIJO»  
Fundación Aparejadores. Sevilla  
C/ Gaspar Alonso, s/n.  
Hasta el 31 de enero



Sin título, grabado de 1996

rrada esa gran mujer, Lola, siempre modelo y musa del pintor, que con tanto celo había preparado esta primera cita póstuma con las creaciones del hombre al que había dedicado por entero su vida.

Cuando Francisco Cortijo ex-

puso por última vez su obra en la capital andaluza (Galería Marta Moore, 1992), Andrés Amorós publicó en su catálogo un hermoso texto donde definía como verdaderos «paisajes del alma» la amplia colección de rostros que en ella se encontraban dibujados, señalando: «Para asomarse al mundo entero, a Cortijo le basta con dibujar cabezas. No hay paisaje más amplio, más variado, más misterioso». Y es cierto. Ahí, los 25 autorretratos seleccionados para esta tan señalada ocasión en la que, junto a tres pinturas de los primeros años noventa, características de aquella su etapa llena de libertad, viveza de color y gestualismo, se observa cómo en otro cuadro, fechado en el año de su muerte, el pintor volvía de nuevo al acabado y maestría técnica de sus orígenes. Tras ellas, las dispares inquietudes plásticas de cinco grabados de distintos momentos y de los 16 espléndidos dibujos a lápiz de la década de los ochenta, vuelven a confirmarnos que uno también ha conocido a un hombre de talento que reía, como él mismo había titulado uno de los aguafuertes que en 1975 expuso en el Museo de Arte Contemporáneo de Sevilla y que se repite ahora en una de las paredes de esta sala de exposiciones.

Manuel Lorente

# Lita Mora: ángeles y paraísos

«LOS ángeles tienen esa mirada bifronte, esa manera de despertar al tiempo el sentido de la candidez y el del miedo, como si sólo una infinita inocencia bondadosa o un terrorífico pavor inconsolable fueran capaces, cada uno en su extremo, de convocar su presencia». Quien esto afirma es Enrique Andrés Ruiz, en el texto del catá-

LITA MORA  
Galería Masha Prieto. Madrid  
C/ Belén, 2  
Hasta principios de febrero  
De 65.000 a 650.000 pesetas

logo de la colección de la gaditana Lita Mora, *Los paraísos perdidos*.

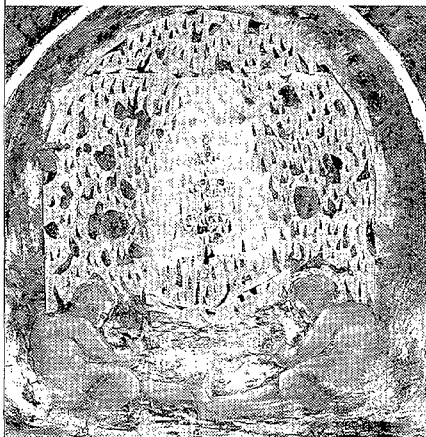
*Los paraísos perdidos* que Mora (Cádiz, 1958) nos propone en sus cuadros actuales no se ciñen a la traslación de arcanos ámbitos algo prosopopéyicos que suele resultar de tema y títulos semejantes; tampoco son una escolma de iconografías apegadas con humildad imaginativa a la tradición. Los ámbitos y las figuras que ella ha acogido en sus obras tienen mucho de estimación común, de convivencia usual, representada con un suave secreto: están ahí, tanto en la intimidad como en la lejanía, formando parte de diferentes reinos, en lo esotérico y en lo exotérico, bellamente rozados por la sensualidad, adscritos a la

nueva figuración, ejecutados con un pincel tan normativo como todo lo contrario, un pincel que sabe correr bien los riesgos de cargar las tintas en la expresividad.

Con los procedimientos y los procesos que la pintora ha decidido para llevar a cabo estas obras ha logrado, además, algo muy interesante: un aroma vetusto que no nos retrotrae a nociones ni sensaciones de antigüedad, sino a una suerte de intemporalidad intensa, de la cual siempre se quiere participar.

No recuerdo la aportación de Lita Mora para la colección del Museo de Ayllón, entre aquella presentación fatal y aquella profusión de azares y posmodernidad de la que tan pocas obras «salvé». Si su lienzo tenía la suficiente relación con el conjunto que presenta actualmente y yo lo «condené», mucho me temo que lo desatinado del conjunto que yo vi me condujo al error, o que me equivoqué sin ayuda.

Carmen Pallarés



Paraíso perdido II (1999)